

sús ha participado de las miserias y flaquezas de nuestra naturaleza, para hacernos á su vez partícipes de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus sufrimientos y de todos sus actos, y en virtud de esta misma participación hacernos un día eternos coherederos de su gloria. La perfección cristiana consiste, pues, en nuestra semejanza con Jesucristo, modelo de todas las virtudes y vivo diseño de toda santidad. Por esto el grande Apóstol, queriendo dar á los fieles de Roma un compendio de la doctrina evangélica, les exhortaba á que se revistieran de Jesucristo: *induimini Dominum Jesum Christum*. (Rom. XIII. 14.) Y el mismo no titubeaba en escribir á los Gálatas que era objeto constante de su solicitud apostólica la formación de Jesucristo en sus almas; *filii mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis*. (Gal. IV. 19) Ahora bien, no hay medio más fácil y eficaz para realizar en nosotros aquella feliz y perfecta conformidad con nuestro amable Salvador, como el contemplar, bajo el velo de sus palabras y de sus actos, los efectos y sentimientos íntimos de su Corazón. El conocimiento dará origen al amor; y éste en su maravillosa fecundidad producirá la imitación. Mientras los ojos de nuestra alma estarán fijos en este Corazón, que es la obra maestra del Altísimo, la alegría de los ángeles y la gloria del paraíso, nuestros propios corazones, abrasándose en celestial fuego, se transformarán en su augusta semejanza, y le seguirán sin demora de virtud en virtud: *gloriam Domini specularantes, in eandem imaginem transformamur a claritate in claritatem*. (II. Cor. III. 18.) El encanto victorioso de sus ejemplos nos volverá más sinceros en la humildad, más constantes en la paciencia, más heroicos en la dulzura, más fervorosos en la caridad, más generosos en la obediencia, más ardientes y discretos en el ejercicio de celo. Correspondamos pues, á la dulce invitación de Jesucristo: *venite ad me omnes*. Entremos en su amable Corazón, que nos abrió en la cruz, para que nos sirviera como de escuela de santidad; y procuremos por medio de una piadosa meditación el tesoro de sus infinitos beneficios y las tiernas lecciones de su purísimo y santo amor.